



PRECIOS DE SUSCRICION

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.	MES.
Madrid.....	72 rs	38 rs.	20 rs.	8 rs.
Provincias.....	80	44	24	»
Portugal.....	90	50	26	»
Extranjero.....	100	55	30	»

En Madrid. . . } Número suelto, 2 rs.
 } Suplementos, 1/2 rs.

DIRECTOR PROPIETARIO, D. GASTON MARICHAL.

ADMINISTRACION
 PLAZA DEL BIOMBO, NÚMERO 2.

Madrid Octubre de 1877.

PRECIOS DE SUSCRICION Á PAGAR EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Filipinas.....	7 pesos.	4 pesos.
Cuba y Puerto-Rico.....	5 1/2	3

En las demas Américas un año 4 pesos, mas el recargo respectivo por razon de portes ó franqueo.

Se publica los dias 6, 14, 22 y 29 de cada mes.



Cazadores turcos haciendo la descubierta.

SUMARIO.

TEXTO.—Historia de la semana.—Crónica de la guerra.—Biografía: Suleyman-Pachá.—Las conquistas de la ciencia moderna.—Elena: Fantasia por Güel y Renté.—Errores y preocupaciones.—Apuntes parisienses.—Instrucción: Frutos del estudio.—Industria: Contra las explosiones.—Higiene: Nicotina.—Viajes. Aventuras de un marino.—La Religión en Rusia.—Grabados de la CRÓNICA.—Ecos de Madrid.—El alimento: La cocina moderna.—El traje: Calzado.—La verdadera mujer, por Madame Girardin.—Los melones, por F. Soulié.—Un poco de todo.—Averiguaciones.—Pensamientos.—Anécdota infantil.

GRABADOS.—Cazadores turcos haciendo la descubierta.—Tienda de campaña y retrato de nuestro corresponsal señor Dick.—Una ejecución en el campamento ruso.—La reprimenda: Cuadro de Vibert.—El último del rebaño: Estragos que hace el hambre en la India.—Expedición al polo Norte por medio de globos.—Jeroglífico.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Aun cuando la guerra ruso-turca complica más y más cada día la cuestión de Oriente, preocupación constante de los gabinetes de Londres y Viena, de Berlín y de París, todavía llama más la atención de gobiernos y de pueblos la cuestión que en estos momentos se debate en Francia. ¡Combate singular, provocado por la reacción! ¡Momento solemne! ¡Lucha á muerte entre el pasado, que pisa en falso, y el porvenir, que es indefectiblemente de la democracia!

Los reaccionarios franceses han apresurado la provocación y la batalla, porque cada día que pasaba se les iba el terreno bajo los pies. El viejo alcázar dentro del cual se habían hecho invulnerables dejaba ver sus grietas cada día más anchas; sus bastiones y barbicanas se venían al suelo; sus campeones tenían que luchar á pecho descubierto, porque el blando ambiente de la libertad, el aire y la humedad, habían oxidado y hecho inservibles sus cascos y corazas de bruñido acero, y sus adversarios con vista de lince asestábanles tiros cada día más certeros. La gran batalla no podía aplazarse por más tiempo, sin exponerse al riesgo de no encontrar campo ni paliénque donde librarla. Sus mismas huestes desfilaban por la izquierda, ó levantaban las culatas de los fusiles y se colocaban de neutrales espectadores en el centro.

En estos momentos se riñe con toda solemnidad la incruenta gran batalla en la que se ventilan, no solamente los intereses y el porvenir de la democracia francesa, civilizadora y pacífica, sino la causa del progreso y tal vez la de la paz europea.

Hacemos ardientes votos por el triunfo, que esperamos, de la libertad, del progreso y de la paz.

También los debates de la prensa española revisten en estos momentos un poco ó un mucho de la solemnidad que á lo que parece anda en la atmósfera. El mérito y la honra de haberlos provocado tócanle de derecho al *Imparcial*. Pero también es justo decir que toda la prensa diaria se ha apresurado á tomar puesto en el paliénque y parte en el solemne torneo, con la visera alzada y con armas de buena ley. Dice muy bien *El Imparcial*: eso sólo ensancha el ánimo y abre el pecho á la esperanza. Al ver que la voz sacrosanta de patria, y que las ideas de su prosperidad y engrandecimiento hallan todavía eco en nuestros corazones.... nosotros también lo creemos: nuestras miserias pueden tener término, y nuestro país puede aún levantarse de su abatimiento y de su postración.

El Imparcial ha planteado la cuestión con elevado criterio: y salvas despreciables, por pequeñas excepciones, el resto de la prensa política ha sostenido el debate á la misma altura.

¿Debe España salir de su aislamiento para levantarse de su postración? ¿Debe apresurarse á entrar en el concierto de las naciones que dirigen y regulan el movimiento social, que trabajan, que marchan, que discuten y que pelean, si es necesario, por imprimir mayor ó menor celeridad á aquel movimiento? Tal y tan importante es la cuestión que se debate.

Salgamos ántes de nuestra postración, dicen unos: limpiémonos primero de nuestras miserias, sin lo cual seremos desdenados ó tal vez devorados por los prepotentes, cada día más fuertes y á tal título más ambiciosos.

Tengamos un ideal—dicen otros—que levante nuestros ojos del suelo, que atraiga nuestras miradas, que nos sirva de norte en la marcha, que eleve nuestro espíritu abatido por las ligaduras de un mezquino interés y por el atrofiamiento de la ignorancia y del miedo, que dé calor á nuestros corazones ateridos y yertos por la influencia enervadora de una grosera concupiscencia y de un epicureísmo todavía más abyecto y desolador: tengamos un ideal.

Si explícito y á nuestro juicio atinado al sentar los principios ó fundamentos de la tesis ha estado *El Imparcial*, no lo ha estado ménos al llevar la teoría al terreno de la aplicación.

Para no equivocarnos—ha dicho—para no divorciarnos—que hartos lo estamos en otras cosas—en la cuestión de alianzas, fijemos ántes de todo la esfera y el alcance del ideal, hácia el cual no pueden ménos de converger las aspiraciones y los votos de todo buen ciudadano. ¿Quién que por bueno y bien nacido se tenga, no ha de querer, no ha de procurar *ex toto corde* el engrandecimiento y la prosperidad de su patria? Hé ahí el ideal en abstracto.

Hasta este punto creemos que no puede ménos de haber concordia de aspiraciones y conformidad de pareceres. Veremos si las sigue habiendo en lo demás; porque *El Imparcial* ha llevado la tesis más adelante.

El éxito de la batalla electoral en Francia, ha sido el que preveíamos al escribir las primeras líneas de este artículo. Los republicanos han obtenido una considerable mayoría.

T. R. P.

CRÓNICA DE LA GUERRA.

Continúan atribuyéndose cada cual—rusos y turcos—la victoria en las reñidas batallas á los alrededores de Aladja y las cercanías de Kars. Mientras que los telegramas de San Petersburgo aseguran que Muktar-Pachá se vió obligado en la noche del 8 á evacuar todas las posiciones de su línea, incluso las de Kiziltepe: añadiendo que el general Melikoff, persiguiendo al enemigo, había ocupado á Kadji, Suvotan y Kulverán, que lo había batido de nuevo en Zeloni, causándole pérdidas considerables, y que en su seguimiento había llegado hasta las alturas de Aladja, donde se proponía atacarle de nuevo el día 10, el general turco insiste á su vez en que ha derrotado á los rusos.

A un periódico inglés, *El Daily News*, se le antoja que Muktar-Pachá se ha propuesto demostrar que sabe poner partes tan bien como batirse: es decir, que no se pára en barras, como por acá decimos.

Los ejércitos de la Bulgaria se preparan para hechos de armas que ya no se pueden hacer esperar muchos días, y que han de ser de consecuencias importantes. Los rusos atacarán al ejército de Osman-Pachá en sus atrincheramientos

de Plewna. Y Suleyman-Pachá, actual generalísimo de los turcos, atacará á su vez al ejército del Czarewitch en sus posiciones del Lom.

Al fin los húngaros llevaron adelante su proyectada expedición contra los rusos, penetrando 1.000 hombres armados en la Rumanía: hostilidad que ha de traer una complicación más á la enmarañada cuestión de Oriente.

A su vez, los sérvios se preparan también para entrar en campaña.

Se desmienten casi oficialmente los propósitos pacíficos que la prensa inglesa atribuía al canciller ruso.

Lord Salisbury ha pronunciado un discurso en Bradford, diciendo que la guerra no cesará probablemente sino después de una gran victoria ó el agotamiento total de las fuerzas de uno de los beligerantes. Que Inglaterra quiere mantenerse neutral, y que únicamente se resolverá á dar consejos pacíficos.

RODERICUS.

BIOGRAFÍA.

Soliman-Pachá que, por una serie de victorias sobre los rusos, acaba de atraer la atención general, es hombre de cuarenta y cinco años, próximamente; empezó su carrera afiliado en los softas, y se dedicó con ardor al estudio ingrato del *hodja*, que le valió en poco tiempo una reputación de erudición extraordinaria, justificada por su libro sobre la retórica. A los catorce años dejó la escuela y entró en el ejército, ascendiendo rápidamente al grado de mayor, que tenía en 1870. Cuando la expedición de Yemen, fué designado para formar parte de ella, teniendo en cuenta sus conocimientos en jurisprudencia, que podían ser utilizados en el establecimiento de la Administración civil de la Arabia Feliz.

A su regreso fué nombrado gobernador de la Escuela Militar de Pancaldi. Redif-Pachá le separó, celoso de su saber y de su moralidad, y le envió al Donga, donde las balas llovían, y las probabilidades de éxito eran muy raras; pero el antiguo softa tenía en Said-Pachá un amigo de valer en la corte, que hizo presente al sultán su conducta en la loca campaña de Montenegro, destinada á hacer fatalmente inútiles todos los esfuerzos de un talento superior.

CIENCIAS.

LAS CONQUISTAS DE LA CIENCIA MODERNA.—Si la humanidad ha conocido muy desde el principio las grandes leyes que rigen al mundo moral y que gobiernan al alma, de ayer sólo data la fecha en que el hombre ha averiguado que la materia es eterna; que puede cambiar de puesto y de forma, nunca de peso; que la fuerza es eterna también, que puede llamarse luz, electricidad, calor, acción, mecánica; cambiar de aspecto, nunca de potencia; que basta, en fin, pesar y medir las condiciones de todo fenómeno material, del movimiento, de toda manifestación de fuerza, para sentar la explicación sobre una base cierta.

Hé ahí lo que distingue á la filosofía moderna de todas las antiguas; hé ahí cómo en ménos de un siglo, por los esfuerzos de dos ó tres generaciones, distraídas por grandes conmociones políticas, por guerras implacables, por el desarrollo de todas las pasiones, con la experiencia ayudada de razonamientos cortos y sobrios, la humanidad ha adquirido el derecho de decir: «la naturaleza material y las fuerzas á que obedece no tienen secreto que no conozca ó que no pueda conocer un día. La historia de la tierra no tiene ya nada de misterioso para mí, que asisto á sus primeras edades, reconstituyo las poblaciones que ha alimentado y sé la fecha exacta de las transformaciones de su superficie. Mis ojos penetran en la profundidad del Universo; yo señalo á cada astro su puesto y la curva en que está obligado á moverse. Yo peso el sol y analizo las sustancias de que está formado; y puedo decir de qué elementos químicos se componen esas estrellas que decoran la bóveda celeste, aun aquellas cuya luz necesita siglos para

llegar del foco que la admite al observador que opera su disección sobre la tierra. Yo juego con las fuerzas de la naturaleza; transformo la luz en calor, el calor en luz; la electricidad en magnetismo, el magnetismo en electricidad; y todas estas fuerzas de la actividad en potencia mecánica. Yo convierto unos en otros todos los compuestos de la química, é imito todos los procedimientos de la naturaleza muerta y la mayor parte de los de la naturaleza viva. Yo hago á mi voluntad la tierra fértil ó estéril; yo la doy ó la quito el poder de alimentar las plantas que se la confían. La mecánica animal es un libro abierto, donde desde el huevo que acaba de hacer la vida hasta la muerte del sér á que ha dado nacimiento, leo sin oscuridad el papel que desempeña la sangre que circula, el corazón que late, el pulmón que respira, los músculos que obedecen, el estómago que digiere, los nervios que transmiten las órdenes y el cerebro que manda. Yo pliego á mis usos todas las fuerzas y todos los dones de la tierra; hago más que eso: me sirvo de las fuerzas derivadas que ella ignora tal vez y de las sustancias complejas que probablemente no ha producido nunca.»

Y aquí tropezamos con el escollo, porque nos parece oír á la materia y la acción decir al hombre, renovando la tentación de Satanás: «adórano y te daremos los mundos y su gloria.» La humanidad divinizada desde las primeras edades á los que descubrieron el trigo, la viña, los metales: Ceres, Baco, Vulcano y todo su cortejo de divinidades metalúrgicas. En aquellos tiempos antiguos Newton y Watt hubieran tomado puesto en el rango de los dioses. Hoy se les dice en un lenguaje que la ciencia reprueba: «vosotros honrais al espíritu humano por vuestras obras; pero no sois más que hombres, y las grandes cosas que habeis hecho prueban que no era necesario un Dios para crear el mundo y gobernarle. Es el paganismo que se revela y que despues de haber divinizado en otro tiempo los fenómenos de la vida material, querría hoy humanizar los misterios de la vida moral, como si desagradase al hombre cuando se pone así en presencia de la naturaleza á quien pretende igualarse en todo y dominar á veces, humillarse ante el poder á que obedece el Universo.

¡Ilusiones peligrosas! El poder del hombre tiene sus límites: ni á su ciencia, ni á la de la materia, pertenece crear la vida, la conciencia, el sentido moral, el alma y todos sus atributos. Demos á Dios lo que es de Dios y dejemos á la tierra lo que de ella es. El espectáculo de la actividad humana que se despliega en el dominio de la ciencia, de la industria y de las artes, es admirable, lleno de grandeza y de poesía; pero por cima de esas manifestaciones se levanta un ideal jamás satisfecho; se respira el sentimiento profundo de los fines del hombre.

ELENA.

(Conclusion.)

Volví la cabeza á donde había visto brillar el fuego; pero detras de los espesos árboles no asomó ningún cazador.

Aquella bala la disparaba el odio, la venganza, el crimen.

Elena pareció detenerse en medio de la corriente.

Mi corazón me anunció que la doncella estaba herida, y me precipité en las aguas y llegué donde la vírgen enturbiaba con su sangre el Sena y se debatía para no irse á fondo: estaba á punto de sucumbir cuando mi mano agarró la suya.

—¿En dónde estás herida? le pregunté temblando.

—¡Estoy muerta!... me respondió, dejándose caer de espaldas sobre las aguas y dando un ¡ay! que se clavó en mi corazón.

Sus cabellos negríssimos se habían desatado y le cubrían la frente y la cara.

Como las águilas, heridas en el espacio, luchan entre las nubes con la muerte y rodando por el aire recogen su aliento, y abren las alas, y se ciernen agonizando sobre los montes, así la vírgen volvió á tender sus brazos para nadar. Yo sin soltar su mano rompía las aguas y quería como el viento salvar la distancia y llevarla á la orilla, cuando una nueva detonación rasgó las sombras y la bala vino á herirme en el brazo con que ayudaba á la moribunda Elena.

—Ha jurado sepultarme esta noche en el fondo

del río, me dijo pavorosamente, arrojándose á mi cuello: ¡Dios mío!... que no se cumpla su terrible deseo!

—¿Quién es el espíritu cruel que quiere tu muerte?

—El odio fiero de nuestras familias: mi hermano... Ves aquella sombra, aquella cabeza erizada, aquellos ojos inyectados en sangre como los de un lobo hambriento? Son los suyos. ¿Te ha herido? Nada con velocidad si no quieres morir: no será su última bala: cúbrete con mi cuerpo, que lleva la muerte en el corazón.

—No, Elena, le respondí cubriéndola con mi pecho.

A cada momento la pobre dejaba caer los brazos é inclinaba la cabeza sin fuerza, como si fuera á dar su último suspiro.

Nadando sentí que sus labios besaban la mano que la sostenía. ¡Pobre Elena!

Aquel beso del alma agradecida dobló mis fuerzas: y ya estaba fuera de tiro cuando volvió la fiera que cobardemente la asesinaba á disparar su arcabuz: la bala cayó en medio del río.

Y llegamos á la márgen, cuando arrastrándose vino á nosotros el desgraciado amante, á quien la enfermedad le tenía paralizados los miembros, como el león, á quien el cazador deja lisiado, revolviéndose sin amparo en lo interior de las selvas.

El pobre jóven le tendió los brazos; Elena le echó los suyos al cuello, sin poderse ya tener sobre sus pies.

—¡Mauricio!... ¡estoy muerta! le dijo llorando; al echarme al río, mi hermano me juró que me iba á enterrar entre las hondas, y me ha cumplido su feroz amenaza; la bala de su carabina me ha atravesado el cuerpo; siento que se me acaba la vida... Te vuelvo á ver, porque un hombre generoso guiado por Dios, que vela por los desgraciados, se ha lanzado á las ondas para socorrerme: no ha podido salvarme, pero te trae mi cuerpo, para que tus manos lo entierren al pié de ese ciprés, donde tantas noches hemos bendecido á Dios. ¡Ay! esta noche, no ha querido tener piedad de nosotros; pero permitirá que tus manos cierren mis ojos, y que mi cabeza descansa sobre tu corazón: y que mis labios te besen, y que mi sangre corra sobre tí, que has sido mi amor y mi consuelo, y que vas á abrir mi tumba, á donde todas las noches vendrás á orar, hasta que Dios cierre tus ojos.

—Hasta que Dios cierre mis ojos!.. mi pobre Elena!... Hasta ahora mismo, que vamos á morir juntos; dijo el infeliz, rompiendo en lágrimas. Siento en tus besos, en tus brazos que desamparan mi cuello, en tu corazón, que casi no late; que se acerca tu último momento.... ¡Elena de mi vida!... Dios paralizó mi cuerpo con la enfermedad, para que no pudiera pasar esa corriente; despues, ha hecho salir la luna, para que los ojos feroces de tu hermano pudieran verte y consumir su venganza. Te has lanzado á las ondas, para venir á mi lado; y la piedad de un extranjero te trae á mis brazos moribunda. ¡Bendito seas! me dijo, volviendo á mí los ojos, y empapando mis manos con sus lágrimas. ¡Elena! ¡Elena! escucha, amor mío; continuaba diciendo dirigiéndose á la doncella, y estrechándola entre sus brazos, desesperado y fuera de sí.

Elena dió un suspiro, como la última vibración, con que acaba el ruiseñor su canto, entre el silencio y la soledad de la noche serena.

—¡Alma de mi alma! exclamó Mauricio.

—¡Ángel de mi vida! le respondió la vírgen.

Aquella fué la última palabra que oyó el amante: mientras se clavaba en el corazón el puñal que yo no había visto entre sus manos, y que le hizo cerrar sus ojos, al mismo tiempo que la muerte cerraba los ojos divinos de la desgraciada vírgen.

Entrelazados, como dos ramas de yedra cayeron, sobre la verde grama, empapada con la sangre de sus corazones, tan puros y tan hermosos.

¡Oh luna! avergonzada de haber iluminado aquel gran dolor, ocultaste tu claridad entre las nubes.

Yo besé con veneración sus frentes; los coloqué debajo del ramaje del ciprés, en donde aún ardía la llama que había servido de señal para que la vírgen se echara á las ondas del río.

Y despues de haber llorado las lágrimas tiernísimas de la amistad, á nado volví á cruzar el Sena, á pesar de mi herida: y como un espíritu afligido, en-

vuelto en las sombras de la noche, entré en mi hogar á esperar la luz del sol, para ir á enterrar los cadáveres de los infelices amantes.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

París 7 de Setiembre de 1877.

ERRORES Y PREOCUPACIONES.

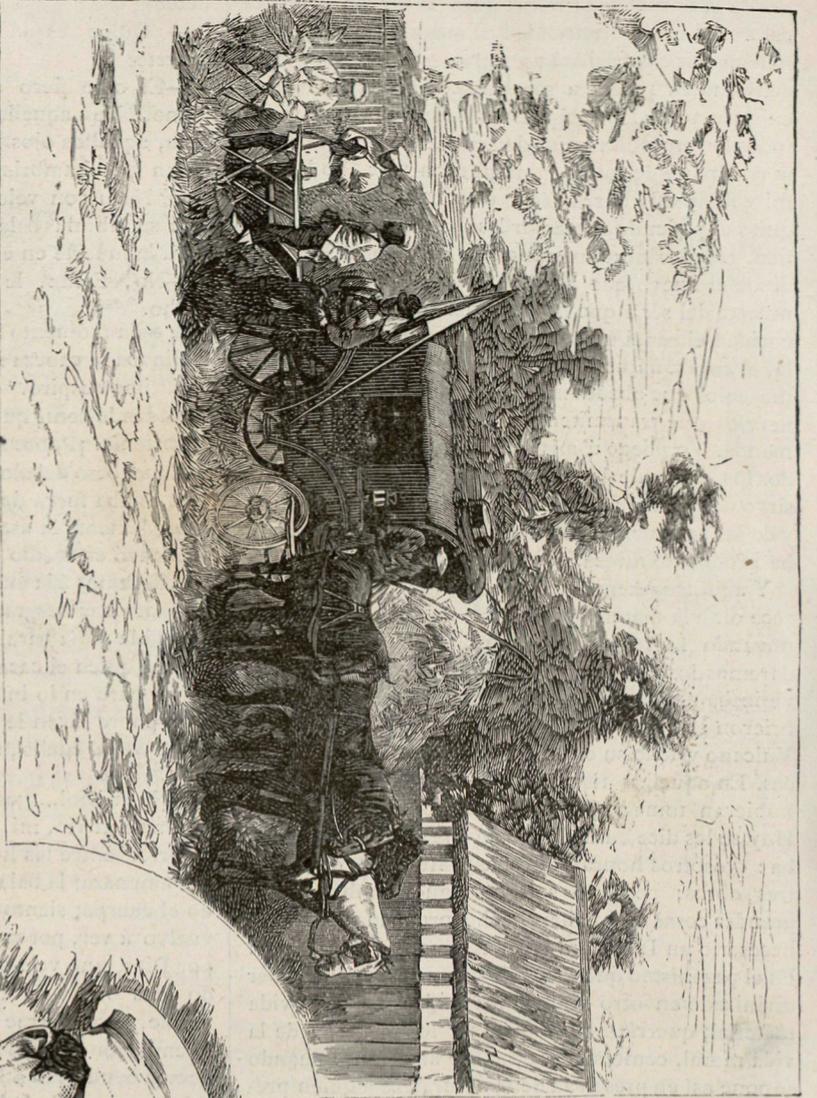
LAS PREVENIONES.—Preocupación y bien deplorable es en muchos la prevención con que reciben todas las invenciones: ¡cuántas tuvieron contra sí el emético, la quinina, la inoculación de la vacuna y otros muchos descubrimientos, rechazados por espíritus estúpidamente rebeldes á la convicción de beneficios evidentes! ¡Y qué diremos de esas otras preveniciones que no ven obras maestras más que en la antigüedad, que no encuentran nada bueno más que en lo exótico, y que no tributan más que á los difuntos los honores de la gloria que pertenece á los hombres distinguidos! Sería preciso confundirlos como hicieron Miguel Ángel y Teniers, aunque sin corregir del todo á sus contemporáneos: el primero, labrando una estatua del amor, á la cual rompió un brazo, que enterró en el sitio donde el Papa hacía excavaciones para exhumar antigüedades; brazo en cuya perfecta confección Roma entera reconoció el cincel de Fidias: Teniers, haciéndose enterrar ostensiblemente, en medio del luto y las lamentaciones de su mujer, para resucitar, así que subieron á un precio elevado los cuadros que no lograba salir de su taller, como no fuera por una cantidad miserable.

Hé aquí una anécdota que he oído referir al protagonista de la aventura, y que pone el dedo en la llaga de una de las mil preveniciones que suelen afligir á la debilidad de espíritu.

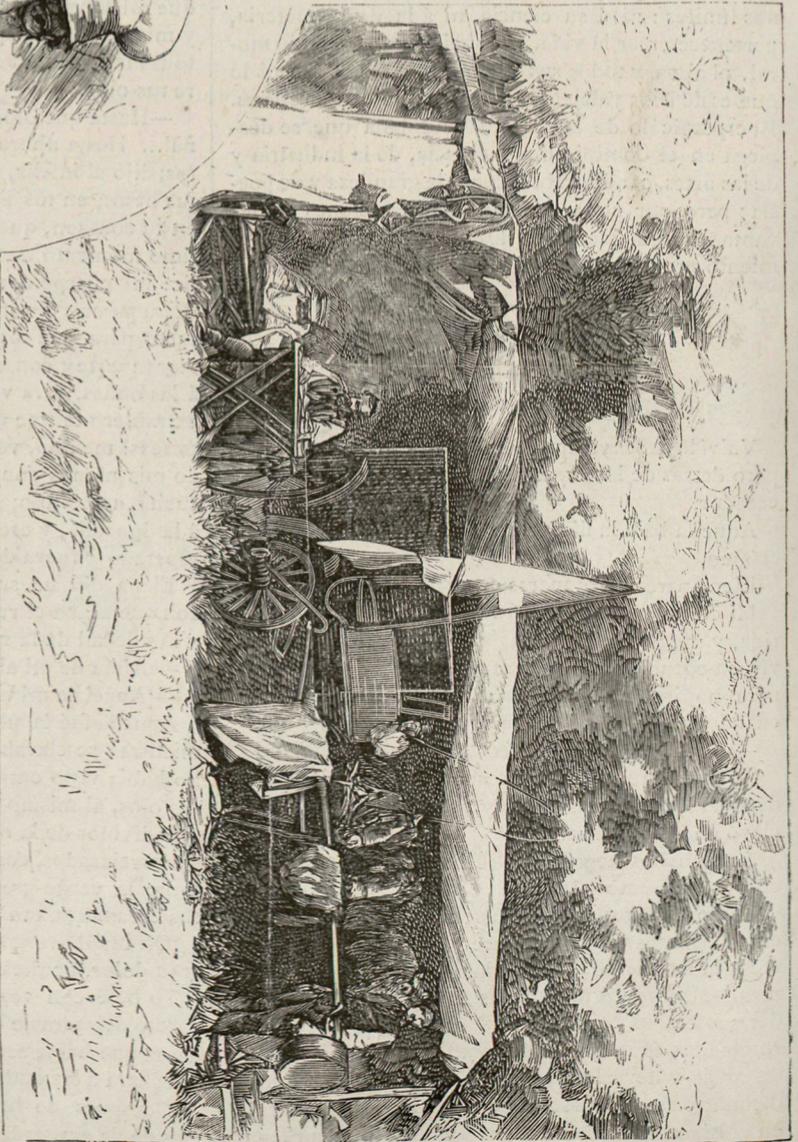
Estaba en construcción un ferro-carril de Andalucía, y un ingeniero, inclinado á esas debilidades, caminaba con un ayudante por Sierra-Morena, para hacer un reconocimiento del terreno. Preocupábase la idea de los peligros que ofrecía aquel país, que suponía poblado de ladrones y asesinos; iba el ayudante enseñando el sendero por que caminaban los dos compañeros; pero al cabo de algún tiempo, reconoció y confesó que se había equivocado, y que iban extraviados. Arrepintiése el ingeniero en sus adentros de haberse fiado de aquel jóven de veinte años, y procuraron los dos volver á dar con la senda de que se habían separado; intentáronlo mientras fué de día, á través de un bosque espeso, y era ya de noche, no clara por cierto, cuando fueron á dar en un casucho que tenía mucho de oscuro. Ni la situación ni la hora permitían vacilar, y los viajeros entraron en la casa, no sin que el ingeniero dejara de abrigar sus sospechas.

Se encontraron en medio de una familia de carboneros, que estaban cenando, y que de buenas á primeras los invitaron á acompañarlos. El ayudante no se hizo de rogar; comió y bebió de lo lindo, mientras el ingeniero empleaba el tiempo en estudiar el sitio y el aspecto de aquella familia. Reconoció que los hombres tenían trazas de verdaderos carboneros; pero advirtió también que la casa parecía un arsenal; tal era el número de fusiles, pistolas, sables y cuchillos que en ella había: todo le desagradó, y le pareció notar que él desagradaba también. El ayudante por su lado, estaba ya como si fuera de la familia; reía, hablaba, y con una imprudencia imperdonable, contaba á aquellos hombres de dónde venía, á dónde iba, quién era el que le acompañaba, y no contento con eso, la echó de rico, prometió pagar largamente á aquellas gentes, y dar lo que quisiera al que al otro día sirviese de guía: hasta habló de su maleta, recomendando que la llevaran á su cuarto, porque quería que le sirviera de almohada.

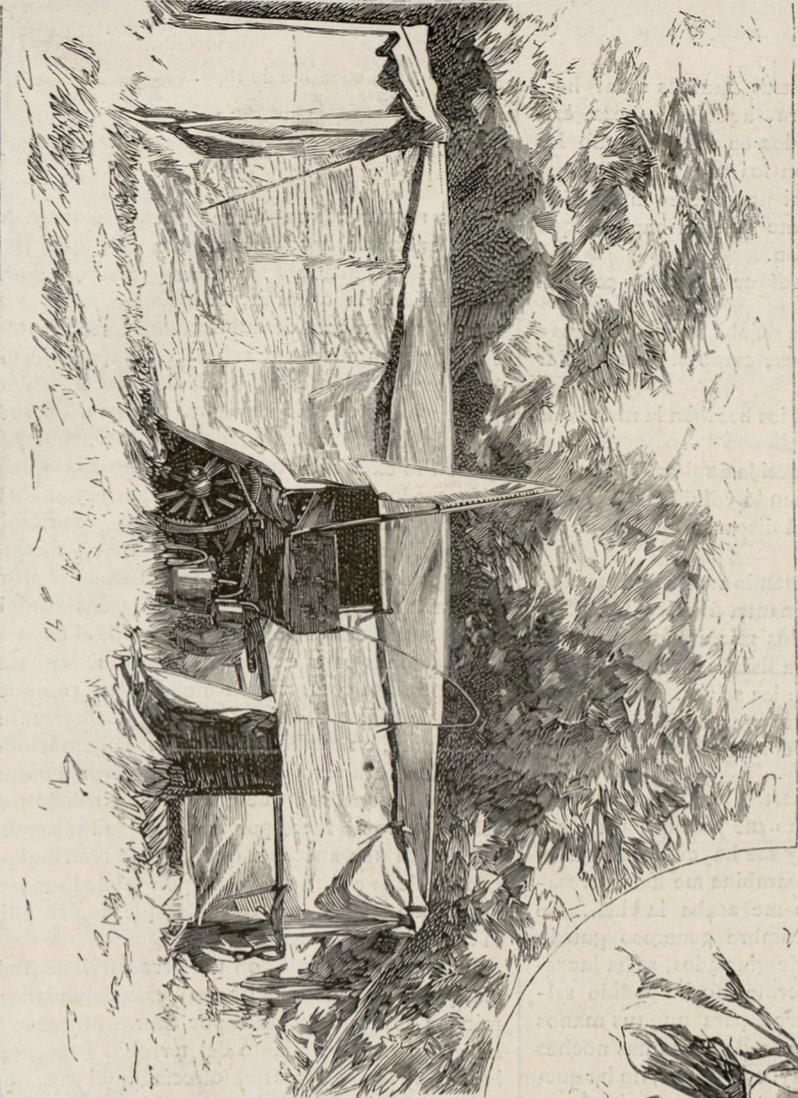
Por fin, acabó la cena y la familia se fué, dejando al ingeniero en la misma pieza en que había cenado, que era en el piso principal, para ir á descansar en el bajo, en comunicación ámbos por una escalera empinada que continuada por otra más empinada aún, que conducía á una especie de nicho en cuyo techo aparecían colgadas las provisiones de la familia para todo el año. Este fué el dormitorio señalado al ayudante, que trepó enseguida y se acostó casi dormido, reposando la cabeza sobre la famosa maleta: el ingeniero resolvió velar y lo cumplió durante toda la noche, sin que notara cosa alguna que pudiera



1.—El equipaje en marcha.



2.—El gabinete de trabajo.



3.—El dormitorio.



4.—El comedor.

Tienda de campaña y retrato de nuestro corresponsal en el teatro de la guerra Sr. Dick.